

No hay emancipación de la mujer. La emancipación que nosotras mujeres libres, propiciamos, es social, realmente social.

NUESTRA TRIBUNA

La inferioridad mental de la mujer es una mentira teológica, repetida y propagada por todas las congregaciones religiosas y jurídicas.

Redacción y Administración:
JUANA RUCO

QUINCENARIO FEMENINO DE IDEAS ARTE, CRITICA Y LITERATURA

SUSCRIPCIÓN
Semestre \$ 1.20
Número suelto .. 0.10

Nuestro «Cumpleaño»

El próximo número, NUESTRA TRIBUNA, cumplirá un año de labor, continúa y sin interrupción. Para conseguir esto, ha sido necesario que las que estamos encargadas de su orientación, pusieramos toda nuestra voluntad, todo nuestro amor y dedicáramos todos nuestros esfuerzos, para que ella surgiera quincenalmente a la luz nutridita de lectura.

Conocíamos teóricamente lo que era sacar una hoja de esta índole, pero hoy lo conocemos prácticamente; de ahí que digamos que esta labor representa sus inconvenientes, máxime si se tiene en cuenta que nosotras no estamos afezadas al "periodismo".

Estamos cansaditas. Esta labor representa para nosotras un esfuerzo supremo. Por eso, las que componemos este Grupo Editor, hemos resuelto tomarnos un breve descanso. Creemos que bien lo merecemos. ¿Verdad, compañera lectora?

Bien. El número 24 de NUESTRA TRIBUNA, que es el que completa nuestro año de esforzada labor, aparecerá el 1.º de Septiembre. Y en cambio de este descanso que nos tomamos, daremos a nuestros lectores una agradable sorpresa, pues pondremos ante sus ojos ávidos de lectura, un número extraordinario de nuestra hoja, de ocho paginitas, bien nutridito de material.

Siquiera esto compensará en algo nuestro mes de "rabona".

Los que deseen recibir mayor cantidad de ejemplares de este número extraordinario, deben apresurarse a hacer sus pedidos para regularizar el tiraje.

¡Hasta nuestro "cumpleaño", entonces!

Importante

De la Plaza, Chabús; M. Graciano, R. de la Frontera; Ardura, Firmat; Zanotti, C. Aldao; no podemos acusar recibo de las cantidades enviadas por intermedio de «La Protesta», pues aun no han llegado a nuestro poder, a pesar de haberlas reclamado varias veces.

¡Tengan paciencia, compañeros, pues también nosotras la tenemos! Y sino giren directamente para no tener que esperar la comedididad de nadie.

Número 17

Pedimos encarecidamente a todos los que posean ejemplares de este número de nuestra hoja que nos lo remitan a la brevedad posible, de lo que le quedaremos sumamente agradecidas. Rogamos a todos que tomen nota de este aviso.

EDITORIAL

La Guerra Y Sus Horrores

Si las madres—ya que con su cerrada ignorancia no combaten este gran mal—comprendiesen siquiera los horrores que en tierra, se negarían rotundamente a dar hijos a la luz para que estos no sirvan de carne de cañón que engulle el monstruo formidable de la guerra.

Si en el seno de la humanidad hay males que atentan con la paz y el progreso evolutivo de los pueblos y que por lo tanto merecen ser combatidos para extirparlos de raíz, uno de ellos, el más formidable, es el monstruo infernal de la máquina guerrera. El patriotismo bélico y grosero inculcado en la mentalidad de los pueblos suele ser el germen fatal de la guerra, que provocan los gobiernos antagonísticos por rivalismos comerciales o por odiosas limitaciones de fronteras.

Tomemos como ejemplo dos naciones vecinas. Los gobiernos y cuerpos diplomáticos de estas dos naciones, por rivalismos comerciales-políticos o por futelezas que sería obvio reseñar, llegan a una tirantez de relaciones. De la tirantez de relaciones viene el honor patrio ultrajado por el gobierno de la nación vecina de nuestro ejemplo, y el bélico patriotismo grosero ya se pone en acción, fermentando instantáneamente en el seno de la masa popular, ignorante y analfabeta, y por ende predispuesta a prestarse de instrumento servil del gobierno y a los fines aviesos del bárbaro y abyecto militarismo. Y la guerra feroz y sanguinaria empieza a realizar su obra destructora, desolando las productivas comarcas de una de las naciones vecinas, que hasta ayer fueran tierras fértiles donde balara el ganado y se erguieran majestuosamente las doradas mieses. ¿Tenían alguna ofensa que poner a salvo los soldados de las naciones vecinas que tan bárbaramente se envolvieron en las bocanadas del monstruo infernal y los fragores del campo de batalla? Ninguna. Pero en la elocuencia de los discursos bélicos se les dijo que era menester que empuñasen las armas, para luchar contra el enemigo por la «libertad, la democracia y la civilización»... Y la ignorancia humana se entregó maniatada a las dentelladas de los lobos gubernativos.

—(o)—

Desolación de comarcas productivas; montones de cadáveres que cayeron despedazados por la metralla mortífera, por el cañón y la bayoneta acerada; destrucción de pueblos y ciudades; saqueo a mansalva y violación asesina de doncellas impúberes; cuadro desolador de la familia cuando parte el hombre sin una protesta en los labios, resignado, a defender a la patria dejando a sus seres queridos en la desesperación y llorando a lágrima viva; la triste despedida de la novia y del amado; todo este cuadro de desdicha, de tragedia y de llanto, lo simboliza la guerra, dejando huellas indelebles de horrores espantosos.

¡Madres! ¿No os conmueven estos horrores bosquejados gráficamente? Os conmueven porque os sabemos y os conocemos sensibles. Evitad entonces que estos horrores se perpetúen, educando a vuestros hijos antimilitaristas, enemigos de la guerra y de la mentira patriótica.

La infernal máquina guerrera persistirá mientras el mundo obrero y los amantes del progreso no se decidan a terminar con esta vergüenza que perennemente tiene envuelta a la humanidad en trágicos horrores. Un cambio fundamental de la sociedad presente es el que vendrá a terminar con el engranaje criminal y horroso de la guerra. Para acelerar este cambio y terminar con la guerra, se necesita el concurso de todos los seres de conciencia humanitaria. Si hay una necesidad imperiosa y del momento, es la de contrarrestar toda tentativa de una nueva guerra, contestando a ella con la revolución social, negándose los productores a empuñar las armas homicidas para despedazarse unos contra los otros.

Es un hecho evidente é incontestable que una nueva guerra se está gestando. Es una farsa el pacifismo ramplón de que hacen alarde los gobiernos de las repúblicas sudamericanas. Se pretende lanzar al proletariado de estas repúblicas a una nueva carnicería. Y es necesario que los productores estén atentos a esta nueva intentona de guerra.

¡Las mujeres están llamadas a ser un fuerte baluarte de ataque a esta nueva guerra que se gesta!

¡Hagamos, pues, que cese la guerra con todos sus horrores! ¡Abajo las armas y el militarismo! ¡Viva la anarquía y la paz fraterna de los pueblos, unidos par el lazo de la solidaridad!

Los pesimistas y la mujer

A mis compañeras

La mayoría de las víctimas de apocalípticos reveses amorosos se apresuran a manifestar que la evolución de la mujer es apócrifa, que no puede existir. Las desilusiones los trastornan y es en vano presentarles argumentaciones sólidas; el impulso del primer instante, la rapidez de pensamientos metamorfoseados, los privilegios de la actitud espontánea subleva, acumula explosiones de nervios, se desvía la catadura y se dan espectáculos propios de mediocres.

Mantiene a la mujer como un instrumento inferior que gobierne el hombre. Vociferan aquellos que viven embotados, vale decir, aquellos que tienen repulsión por las hijas de Eva y no practican un cálculo de aceleración para no ser domeñados entre el engranaje de unos labios purpurinos o unos brazos ceñidos al cuello.

Este problema vital para nosotras no puede excluirse; si auscultando la experiencia es darle base al asunto el aspecto analítico debe ser concreto, derivado de las observaciones reflexivas, engendrado por la imparcialidad.

Si conceptuamos que el cerebro de un hombre pesa más que el de una mujer, no podemos afirmar que esto motiva un desarrollo beneficioso en el hombre; el cerebro de un elefante, por ejemplo, pesa mucho más que el de un hombre y su inteligencia es inferior. En los tiempos remotos, relata la historia, los hombres se desenvolvían con menos velocidad, sopeña de quedar rezagados por la mujer que lo obligaba a una marcha forzada. Pero ella que anuló su labor, porque el hombre no le concedió la readquisición de derechos que le hurtó al final del tiempo, justifica su aborrecible situación, su retraso crónico.

Y es así, en primer lugar, el servicio que ejecuta la mujer, lo que puede llamarse su «decaencia», que significa docilidad equivalente a animalidad humana, mendigar un zoque de pan o un lugar en el lecho del hombre.

La mujer en los momentos actuales carece de experiencia y educación y de los medios para obtenerla; está destinada a funciones que debe responder sin mayores razonamientos: es una esclava del hombre, como los gelfes. El hombre es, a su vez, esclavo de otro hombre con gerarquías; entonces catalogaremos a la mujer como esclava productiva de la esclavitud del hombre. La responsabilidad no puede inclinarse a ella, apropiándose de sus derechos de ser humana y libre; si en verdad en estos momentos la generalidad de las mujeres son mediocres con respecto al hombre, de ello es factor primordial el mismo hombre que la tiene como un estropajo guiada a su voluntad y antojo.

Cuando la mujer le responde bien, el hombre se siente feliz y cuando no, se cree con autorización para castigarla.

Criándose ella en un ambiente pobre, obteniendo lecciones ficticias, embruteciéndose el cerebro con suposiciones absurdas, dominada al yugo por el hombre, si ella responde al prejuicio del mismo hombre, a qué es debido? Por qué el hombre no le concede libertades, si es que él necesita de ella y ella de él? Por qué se la repudia como un insecto maligno si ella amamanta al hombre en su niñez y no tiene recompensas a sus desvelos?

La vida es un desierto con sus oasis y palmeras. Hay mentecatos y excepciones; amor puro y amor carnal; de ellos nace el goce y del goce el vástago irreflexivo que paulatinamente vo mita su inferioridad, para desarrollar cualidades frutíferas.

Naciendo el hombre y la mujer en un estado abrupto, aunque no en la extensión de la palabra,

teniendo ambos la misma aplicación y la misma iniciación en su tierna edad, lo lógico sería, dentro de las teorías de los despechados, encasillar a la mujer para que no demuestre sus actitudes de víbora. De esto recalamos que unos dominan a la mujer por la violencia y otros la dominan por aduloneries jesuíticas, que consisten en guiarla por la senda de la ignorancia, para que respondan al criterio de un hombre, no por cierto igual en todos ellos.

Contemplemos el oasis, meditemos con la firmeza del avezado conocedor, dejémoslos de impulsos falaces, escudriñemos en pró de la verdadera esclava, reconocamos los oprobios sufridos por una madre, estudiemos a la mujer, no perdamos de vista al hombre y daremos solución al problema.

Teresa Macckeroni.

Buenos Aires.

Trozos y pensamientos selectos de escritores y filósofos contemporáneos, sobre la mujer y su pretendida inferioridad

La pretendida inferioridad de la mujer

III

La idea de que la mujer es inferior al hombre desde el punto de vista de la inteligencia, se considera como verdad casi indiscutible.

Y no obstante esa pretendida verdad, no tiene fundamento alguno científico en que apoyarse. La psicología aun no ha pronunciado su única palabra. Hasta el presente el método de estudio, ha sido casi generalmente, la introspección interna. Aunque este método haya tenido su utilidad, no puede negarse que es puramente subjetivo. Si una mujer viene y nos dice que, después de haber escuchado profundamente su conciencia, se siente superior intelectualmente a todos los hombres pasados y presentes, ¿cómo convencerla de lo contrario? No puede hacerse por el método introspectivo, toda vez que este método la ha conducido a tal resultado. Es preciso ponerle delante hechos subjetivos; pero esto equivale a abandonar el método de introspección. Se ve, pues, que la psicología no podrá dar nunca resultados ciertos, sino se vale del método experimental, de las observaciones objetivas.

La psicología científica empieza a entrar por esta vía y ha dado ya preciosos resultados. Pero todos reconocen que se trata, hasta ahora, de débiles tentativas en un terreno casi completamente desconocido. Del complicado mecanismo se comprende todavía tan poca cosa, que apenas puede decirse que se han entrevisto sus rodajes fundamentales. Se sabe tan poco de como la substancia cerebral produce el pensamiento, que muchas personas continúan afirmando que no lo produce, que se trató de un hecho inmaterial.

Como no conocemos el mecanismo de la inteligencia, no podemos afirmar de una manera científica y positiva a que aspecto exterior del cerebro está

ligado. Se ha tratado de unir la inteligencia a la capacidad de la bóveda craneana, a su forma, al peso del cerebro, al número de sus circunvoluciones, al contenido de fósforo, etc. Pero en pura pérdida.

A poco que se hubiera reflexionado habría podido comprenderse, por otra parte a priori, que todas las tentativas de este género, son completamente vagas. El mecanismo del pensamiento se realiza, en el dominio de lo infinitamente pequeño, casi en la millonésima o billonésima de micro (1). Este dominio no será accesible tal vez nunca a la observación directa de nuestros instrumentos de óptica. ¿Cómo pues, esperar que se revele el secreto de nuestras facultades mentales, en cosa tan relativamente enorme como la forma del cráneo ó el número de las circunvoluciones?

Uno de los hechos aparentes en que se ha tratado de basar la inteligencia, es el peso del cerebro, y como quiera que se ha observado que por término medio el cerebro de la mujer es más ligero que el del hombre, se ha decidido perentoriamente que la mujer es inferior.

Semejante modo de ver las cosas, es un tejido de errores. Hay cerebros femeninos más pesados que los masculinos (2). Si la inteligencia estuviese en relación del cerebro, sería preciso reconocer, que ciertas mujeres son más inteligentes que muchos hombres. Pues bien; esta comprobación basta para legitimar todas las reivindicaciones femeninas. Pues, si madame X tiene un cerebro más pesado que monsieur Z (y por lo tanto más inteligente), ¿en virtud de qué razonamiento lógico se rehusaría a madame X, los derechos civiles y políticos de que disfruta monsieur Z, so pretexto de que madame X por ser mujer ha de ser inferior de inteligencia? Si hay mujeres más inteligentes que ciertos hombres, de aquí se deduce que nuestras instituciones, para ajustarse a la verdad,

deberían establecer las distinciones según las capacidades individuales, pero de ningún modo, según los sexos.

Pero el hecho mismo de que la inteligencia dependa del cerebro, es una afirmación arbitraria y gratuita sin el menor fundamento científico. ¿Pues cómo considerar este peso? «Si el peso absoluto del cerebro es menor en la mujer—dice Büchner—el peso relativo (comparado con el peso del cuerpo) es más bien algo mayor. La mujer como es generalmente algo más pequeña tiene necesidad de un cerebro más pequeño para las necesidades de su vida motriz. Si no obstante, su cerebro es relativamente más pesado, esto demuestra que tiene mayor número de células aptas para la función mental».

Se ve, pues, que considerando sólo los factores aparentes, puede afirmarse que el cerebro de la mujer es más bien superior que inferior al del hombre.

J. Novicow.

(1) El micro, como se sabe, es la milésima de milímetro.

(2) A este respecto citaré un hecho bastante curioso relatado por M. T. Woodruff. Un sabio ruso dió como prueba de la inferioridad de la mujer la pequeñez del cerebro. Cuando murió se le hizo la autopsia y se comprobó que tenía un cerebro más pequeño que el de la generalidad de las mujeres.

En el Pórtico del templo nuevo

Se equivocan los que han dicho que la mujer mejor instruida y, en cierto modo, virilizada, por una educación más moderna, está llamada a perder las cualidades emotivas que constituyen una gran parte de su encanto.

Sólo los espíritus llenos de prejuicios pueden pensar de ese modo. Pero no están inspirados por la verdad.

Es indiscutible, por el contrario, que la educación más completa y la revelación de las realidades de la vida, contribuyen a fortalecer el alma femenina, desembarazándola de las mezquindades que llenaron el alma de sus antepasados, dando mayor espacio a las bellas emociones.

Lejos de hallarse embotada por las nuevas condiciones de la vida moral y sentimental, la sensibilidad de la mujer moderna se ha perfeccionado.

Ya no se ocupa de las sensiblerías que llenaron tantas lastimosas novelas escritas o vividas.

Esta sensibilidad es consciente. Se desenvuelve magníficamente, alejada de las futilidades sentimentales, que muchas veces cueigan como flecos alrededor de los sentimientos sinceros.

La sensibilidad de la mujer moderna, libre de esos parásitos, se desarrolla vigorosa, llena de gracia, y con la seguridad que le dan las razones sobre que descansa.

Sin embargo, en el momento de entrar en el templo del conocimiento, hay muchas mujeres que vacilan.

Temen oír el libro de la vida que están seguras de encontrar completamente abierto a las miradas de las que se han

decidido a instruirse.

Muchas de ellas lo hacen a costa del abandono de las leyendas que han mecido su juventud.

A algunas les molesta dejar la novela para pensar en la Historia. Las hay que se obstinan en no ver el engaño de que son víctimas.

Y, sin embargo, no hay una que, llegado el momento no sienta el no haber franqueado el umbral del templo donde reina la verdad como diosa adorada.

B. Dangenes-

A las mujeres

No recuerdo quién, dijo una vez, que, si el hombre es esclavo del hombre, la mujer es esclava de un esclavo. Es mucha verdad, y aún podría haber agregado que el niño es el último mono que sufre los rigores del malhumor de estas dos esclavitudes.

La forma de esta esclavitud femenina ha variado con los tiempos. Cuando los hombres iban errantes y desnudos por la tierra, muchos millones de años atrás, y no se diferenciaban de las demás bestias, la mujer era tan bestia como el hombre. Las relaciones del macho y la hembra quedaban reducidas a su más simple y ruda expresión, tal como las observamos en los demás animales. El sentimiento amoroso no pasaba de ser el brutal deseo del macho que sentía y satisfacía violentamente una necesidad fisiológica a la cual se prestaba pasivamente la hembra. Se juntaban sin amor y se separaban sin odio. Juntos se defendían de los ataques de las formidables fieras de aquellas épocas, vivían a la intemperie o todo lo más se guarecían bajo peñascos o en cuevas que escavaban con sus uñas, juntos buscaban los frutos de los árboles o daban muerte a las fieras para comérselas. Lo que hoy llamamos familia, no existía. El padre era desconocido, los hijos conocían solamente a su madre. La cual los abandonaba tan pronto como llegaban a la edad de poder defenderse y buscarse por sí mismos el alimento.

El sentimiento de la maternidad no iba más allá, no duraba sino el tiempo necesario para que los hijos dejaran de ser niños. De todos modos, este rudimentario sentimiento maternal, fué suficiente para conservar la vida de la especie humana amenazada por la ferocidad de los demás animales. Sin él no existiríamos. El sentimiento de la paternidad vino más tarde con la constitución de las primeras familias agrupadas en tribus reunidas por el mutuo sentimiento de la simpatía, y aún no como la familia actual.

Claro está que la mujer llevaba entonces, como el hombre, una vida miserable, de verdadera bestia, obligada a buscarse el alimento para ella y para sus hijos, a los que tenía que proteger y guardar con sus propias uñas y dientes de los ataques de los demás animales. De esta época prehistórica, y se llama prehistórica porque es anterior a la historia propiamente dicha que no puede hablar de ella y solamente la conocemos por deducción de las señales que

los dientes humanos dejaron en los huesos de los animales que comía, huesos hallados en cavernas naturales descubiertas recientemente por los geólogos, de aquella época prehistórica, repito, poco puede decirse de la condición de la mujer. Era una bestia como el hombre, con la agravante de que estaba sujeta a los dolores de la maternidad. Como la sensibilidad humana de entonces no era mucha, los dolores eran puramente materiales, los de orden moral no se conocían. Aguantaba el zapazo del macho que la poseía brutal y violentamente sin consultarla, del propio modo que aguantaba el zapazo de los demás animales con quienes luchaba a garrotazo limpio o a mordiscos, y abandonaba ya crecidos a sus hijos con la misma indiferencia que el macho la abandonaba a ella después de haberla poseído. El instinto de sociabilidad heredado de otros animales inferiores, pues el animal llamado hombre ha surgido de otros animales y no ha sido creado expresamente tal como nos pinta mentirosamente la biblia, el instinto de sociabilidad, repito, quedaba reducido a vivir mezclados hombres y mujeres en bandadas más o menos numerosas que recorrían la tierra disputando su comida a las fieras, cuya ferocidad compartían. Este rudimiento de sociedad les bastaba, sin embargo, para defenderse de las demás bestias.

Así era la sociedad entonces, así era la mujer y así era el hombre. No podían hacer más ni menos de lo que hacían, porque la civilización, esto que hoy llamamos civilización, no se ha formado tal cual hoy es de golpe y porrazo, sino gradualmente, evolucionando de menor a mayor, por etapas tan largas como dolorosas.

Me he detenido un poco en esta época de comienzo de la humanidad, aún a trueque de cansar vuestra atención, para que comprendierais el origen animal del hombre, y para que os diérais cuenta de que los sentimientos y las ideas actuales también tienen su análogo en el reino animal, también tienen su comienzo y se han ido desarrollando y perfeccionando gradualmente. Precisamente el desarrollo progresivo de los sentimientos y de las ideas es lo que ha ido formando esto que llamamos civilización y sociabilidad.

Ya véis por lo expuesto, queridas compañeras, que tanto el hombre como para la mujer, el camino de su vida histórica no está siempre sembrado de flores. Comenzó con muchas espinas y aún quedan las suficientes para pincharnos amargándonos la existencia.

Pero como el macho de todas las especies animales es más activo que la hembra, el hombre se ha valido de esta pasividad de la mujer para explotarla secularmente y condenarla a inferioridad perpétua, y se ha quitado más fácilmente de encima algunas de estas espinas, y aún en su egoísmo y en su ignorancia ha cometido el error de recargar, con las espinas que se iba quitando de encima, la corona que hace sangrar la frente de las mujeres.

José Prat

LA MUJER

(Conclusión)

Sobre la mujer pesa la prohibición de manifestar pura y espontáneamente los sentimientos del amor. Debe ocultar silenciosamente sus sensaciones amorosas, como se oculta un delito. No puede escoger; tiene que esperar la sollicitación del hombre y para corresponder, necesita el permiso del tribunal de la familia. Ha de contener todos los impulsos naturales, porque su manifestación constituiría una desvergüenza imperdonable, y el buen nombre de la familia peligraría.

Es más casto, más santo, según la moral de nuestros tiempos, resignarse a ser carne de placer para el primer advenedizo que cubre su lujuria con el pliegue ruin que forma la gazoñería, ser un mueble de lujo, materia explotable, descendiendo a la categoría de prostituta, con o sin pudor. Basta legalizar estos actos de prostitución para que la pudibundez no se escandalice. El hombre, con sus vicios y su torpe vanidad, representa un papel miserable, aceptando como manifestaciones de amor sincero, lo que únicamente es rutina, egoísmo y especulación.

Sin embargo, hay que reconocerlo, ¿cuán poco costaría elevar a la mujer por la libertad de sus facultades y afectos mentales! Se le atribuyen delicadezas fatimas rayanas en lo sublime, que, sin ayuda, se manifestarían si una moral regresiva no ahogara el sentimiento de espontaneidad. Por que es lógico reconocer que el amor, en su sublime sentir, no cabe admirarlo donde las acciones propias viven subordinadas a la voluntad ajena.

Sin voluntad y sin conciencia, mira la mujer al hombre con quien vive, sólo porque, haciéndolo así, cree cumplir su obligación. Le han dicho que sus deberes de casada le imponen que satisfaga los caprichos del esposo, y los satisface maquinalmente sin que su corazón intervenga. Viviendo así, sus caricias adquieren con mucha frecuencia, el carácter de las que se prodigan en los lupanares.

No debe extrañarnos esto, dentro del régimen presente, en que la cuestión económica está ligada íntimamente con la cuestión moral, haciendo que cuando el marido trae dinero con que cubrir las necesidades del hogar, los mimos y las caricias se multiplican mientras que, si por triste suerte no logra subvenir a esas necesidades, entonces el mal humor reina.

Mis palabras son duras, pero también son ciertas.

Habrà, tal vez quien diga que ofendo a la mujer, pero no es así. El mostrar las cosas como son, a nadie puede ofender; máxime cuando en cada caso proeuro descubrir al responsable. Lo que me propongo, es convencer al hombre de los fatales resultados del prejuicio de poner a la mujer a tan bajo nivel; lo que deseo es que el hombre deje de ser esclavo de su culpa, como actualmente le acontece, por mantener su tiranía sobre la mujer. Si para considerarla honrada apelara a confiscar los impulsos naturales, estableciendo costumbres y leyes, que ningún mal evitan, que ningún defecto corrijen, sino que, por el contrario, obligan a la hipocresía, preferible es que callen y no eleven poéticamente hasta las

estrellas «las dulces caricias de su ángel tutelara, ya que todo resulta soberanamente ridículo y estúpido.

Paréceme muy del caso observar que cada uno tiene derecho a glorificar, lo que encuentra bueno; pero en el campo de la realidad, lo general se antepone a lo particular. Yo hablo aquí de la vida real sin particularismo, y dejo las excepciones para quien crea necesario hacerlas. Si los que me leen saben desprenderse de todo recelo y meditan mis palabras con imparcialidad, llegarán a darse cuenta del funesto desarrollo que adquieren los prejuicios señalados y de los vicios que introducen en la educación de las familias, acumulándose inevitablemente en la vida social.

Basta fijarse en las costumbres del hogar, para convencerse de la gravedad del mal. Subordinada la mujer al servicio del hombre, impone ella ese mismo dominio a los otros seres más débiles que la rodean, tratando de inspirarles temor. Así la educan y así educa ella después. Le impusieron obediencia irracionalmente y de igual modo la impone ella a sus hijos.

Además, los hombres, a fuerza de quererla sumisa, olvidan dotarla de los necesarios conocimientos para la salud de sus hijos, y en esta ignorancia, la vemos cultivar el temor en el espíritu de los pequeños, que es lo mismo que iniciarlos en el camino de la perversión y de la hipocresía. Nada que ennoblezca el sentimiento, nada que respete la diversa constitución orgánica de sus hijos; todo es ignorancia, incompreensión, rutina.

Ella nada sabe de pedagogía racional, cuyo estudio le enseñaría los cuidados que requiere cada niño o niña, según su carácter y temperamento. Por lo mismo, no puede darse cuenta de que educar por el temor, por la obediencia ciega, produce resultados siempre fatales.

A nadie puede sorprender que a un estado de injusticia, siga otro peor, hecho que experimentamos al ver convertido en sombra mansión, el hogar de la familia, «el dulce hogar», como cantan los poetas.

Y todo esto, que es de una verdad irrefutable, no merece la atención del padre. Lo que a él le importa es que lo obedezcan; que sean leales sus caprichos y, es claro, por irresistible imitación la madre exigirá lo mismo de sus hijos, surgiendo de ahí un régimen jerárquico y ordenancista cuyo patrón vemos en los cuarteles. El padre es el primer jefe, ante él nadie chista; luego sigue la madre, con parecidas pretensiones despóticas; y como el mal ejemplo cunde, los niños mayores ejercen de mandones con los más pequeños, y estos se desquitan con el perro, el gato y los muebles, cuando no hay otra cosa. ¿Cuántas veces habremos oído a niños pequeños exclamar con coraje: ¡Ah! cuando yo sea grandel... Terrible consecuencia del odioso afán de superioridad!

No es posible, en verdad, atenuar los malos resultados de las prerrogativas que el hombre ha pretendido para sí. Se extienden perjudicialmente como manchas de aceite, ensuciando cuanto nos rodea, sin que valgan astucias y mentiras para ocultar los sur-

cos dolorosos que abren en nuestro corazón.

Es de común sentir que la madre debe ser el primer profesor de sus hijos; pero, ¿quién le ha facilitado la adquisición de los conocimientos precisos, para cumplir misión tan delicada? Se dirá que el hombre no tiene la culpa de todo. Cierto. Que la mujer lleva también su parte. No lo discutimos. Todos, llevamos nuestra parte de culpa. Lo que interesa es que los absurdos desaparezcan, que se destruya el régimen que los provoca, porque es muy triste educar las nuevas generaciones en medio de tantos errores y limitaciones que emborran los sentidos y desnaturalizan la libertad.

Hasta el presente, todo tiende a confiscar la personalidad de la mujer y del hombre. Sólo así se explica como aún hoy, en el siglo XX, acudan anualmente a llenar los cuarteles, miles de hombres a la voz de un tirano, representado por la ley o por el falso deber patrio. Allí va la flor de la juventud masculina con el estorbo de una educación torpe y ramplona, a ser objeto de toda mutilación, a parodiar el ratón que esquivaba el zarzapato del gato, a moverse a la derecha o a la izquierda, perdiendo en cada movimiento una parte de su personalidad, hasta su total anulación. Cógido el ratón, lo engulle el gato para su alimento; anulado el joven, convertido en autómeta, lo engullen los grandes ladrones que en cada país utilizan los ejercicios para satisfacer sus ambiciones, para acaparar grandes riquezas.

Refiriéndome a los estados vergonzosos que nacen de los defectos que voy exponiendo, recuerdo haber dicho en otras ocasiones, que el amor maternal en la especie humana, no se distingue por lo tenacidad sublime en la defensa de la carne de su carne y sangre de su sangre. La madre más cruel, más coharda e incapaz para la defensa de su prole, es la madre humana. En las especies, que llamamos irracionales, desde la bestia feroz hasta la inofensiva avecilla, la hembra madre se desvela por el mejor crecimiento de sus hijos, y celosa de su existencia, los resguarda de todo acecho, escoge sitios convenientes para su defensa, y la veréis con sus uñas, con sus picos o con sus dientes, desafiando todos los peligros, para evitar que llegue algún daño a sus hijuelos.

Ahora detengámonos un momento. ¿Van a creer mis lectores que soy enemiga de la mujer porque en el trabajo presente resultan muchos cargos contra ella? Dije ya antes que no, y ahora he de añadir que mejor creo defenderla, poniendo ante su vista los horrores de las falsas costumbres que constituyen su actual norma de conducta, combatiendo, muy principalmente los funestos prejuicios de la superioridad masculina que a ellas dieron origen. En este último se esconde el verdadero enemigo de la mujer.

No dejo de reconocer que entre las mujeres podemos distinguir algunas que poseen condiciones para ser buenas madres, y perfectas compañeras del esposo; más como por ser tan escasas, lo deficiente turba de continuo la seriedad de nuestras miradas, y no es posible evitar la indignación por el modo tan falso como se educa a los hijos, y por

lo indiferente que se muestra el hombre ante el trastro no que produce a la sociedad tan defectuosa educación.

Según la opinión general, el ser buena mujer consiste en resignarse y ser la esclava del marido, aplaudir sus sandeces y someterse a ser mueble de lujo o bestia de carga. Este título de bondad lo concede la voz pública, preferentemente a las mujeres que trabajan hasta perjudicar su salud, sin protestar que el esposo pierda el tiempo en el café o en la taberna. Francamente, no participo de esta opinión. Sentiré sí, compasión por ellas, mas no cariño ni respeto, desde el momento que ellas tan poco estiman su vida y su dignidad.

El vulgo, el necio vulgo, puede seguir dispensando el dictado de buenas mujeres a las que esperan resignadas el regreso del marido hastiado de sus vicios y que luego lo reciben con el halago servil al amo, al dueño y al señor, más yo no puedo ocultar el enojo que me produce esta conducta, porque con ella sólo se demuestra capacidad para ser siervas, y no compañeras del hombre. El hogar en esas condiciones, demuestra ausencia de amor, de verdadero afecto, de nobles expansiones; los dos seres que viven bajo aquel mismo techo, carecen de la sublime afinidad, necesaria para el verdadero goce. La mujer se somete al hombre porque le trae unos pesos al final de la semana, o porque a su lado cree que ha cubierto su fama de buena mujer, engaño terrible, por cuanto acepta que pese sobre ella el yugo de la prostituta legal, siempre de más baja condición, por ser más hipócrita que la infeliz mujer pública.

Esta ausencia de sentimientos y de costumbres sanas, nos lleva a tomar en serio una infinidad de disparates que se observan en otros órdenes de la vida, y que serían objeto de chacota, si más tarde no resultaran un suplicio para nuestros hijos. ¿Quién no ha visto a una mujer hacer alardes de sus sentimientos maternales, llorar a lágrima viva al notar que su hijo está enfermo, disputar con las vecinas porque lo han pagado y separarlo del corro de los grandotes para que no oiga frases que juzga reñidas con la moral? Pues en cambio, esa misma madre, pronuncia en presencia del mismo hijo, mil palabras obscenas, a cual más groseras, por cualquier cuestión que haya tenido con las vecinas, o le refiere con tono beatífico, todo un tejido de patrañas y embustes místico-religioso, o lo mete en cualquier escuela, sin importarle que el profesor sea un jesuita, una fiera ordenancista.

Todos los días conmueve nuestros nervios el rugido que contra el despotismo levanta la protesta popular, y a pesar de todo, no reparamos en adorar el símbolo de este despotismo, regalando a los niños, en determinadas fiestas, juguetes que representan espadas, fusiles y soldados, también nos permitimos la alegría de verlos seguir mascaradas del carnaval, luciendo los entorchados del bárbaro conquistador o la casaca encochada del parásito privilegiado.

La tarea que me he impuesto, requiere muchas observaciones, para dejar afirmado que el celo de las madres en favor de sus hijos, está luego negado por los hechos, y que el afán de que se alardea por sacudir la dominación

del tirano resulta vago, inconsistente, desde el momento que en los más sencillos actos de la vida aparece el fantasma de la tradición, obstáculo tenaz a toda positiva manifestación sana.

Vamos a concretar.

Todos los privilegios, causa del desequilibrio social existente, todas las guerras que con tanta frecuencia desolan a la humanidad, todo el conjunto de dolores y atrocidades que tan cerca nos hieren y conmueven, hallan apoyo en la ignorancia de esa media humanidad que constituyen las mujeres, ignorancia que perpetúa, con los prejuicios señalados, la otra mitad compuesta por los hombres.

Examinen éstos su obra, examinena y verán como sus orgullos, sus prerrogativas, sus códigos, sus religiones, forman la roca que los aplasta. Su extrema fatiga no hallará descanso hasta que no borren las limitaciones que impusieron a la mujer por temor de que no se derrumbase el hogar de sus egoísmos.

La lealtad, el amor, la abnegación, no pueden florecer bajo la represión y la tiranía; no resisten, para su armónico desarrollo, el ambiente de la libertad vivificadora, la igualdad de condiciones en todos los seres humanos. La naturaleza, al separar los dos sexos con facultades y obligaciones propias de cada uno, completó un fin común, armónico y útil: el progreso indeterminable de la especie; mientras que el hombre, con su odioso orgullo, al pretender corregir la naturaleza impone divisiones que violentan los espíritus y perjudican la procreación. No debemos continuar por este mal camino.

Reconozcámonos todos enfermos, ya que la atmósfera social se ha viciado tanto que, con dificultad nuestros pulmones pueden respirarla; reconozcámonos enfermos y no salvemos la espalda a quien, con su pluma, con su palabra o con su ejemplo, nos ofrec el remedio.

No quiero que acepten a ciegas mis palabras sino que se les preste atención y se estudien las soluciones de tan grave problema.

Es menester también que la mujer no espere únicamente del hombre el remedio de sus males. Ella misma debe emplear todo el esfuerzo propio para levantarse de la postración en que ha vivido. No quiero ver encadenadas por más tiempo sus acciones.

Orando así con conciencia propia de sus derechos y de sus deberes, el concurso que el hombre le preste contribuirá eficazmente a completar la transformación imperiosamente necesaria.

Teresa Claramunt.

“Biblioteca González Prada”

Esta institución cultural fundada en 1918, pide a las bibliotecas, librerías, casas editoras, centros de estudios sociales y asociaciones juveniles, obreras y libertarias de América y Europa, tengan la bondad de favorecerle con sus catálogos, folletos e impresos para su mesa de lectura, de cuyo servicio quedarán agradecidos sus miembros.

Dirigirse a: E. D. Vivanco, Biblioteca González Prada, Abancai, Perú.

A mis hermanas

A vosotras, hijas del pueblo y de la miseria, que recién empezáis a vivir, vá mi grito de angustioso ¡alerta! grito que arroja al viento, tratando que a través del espacio golpee en vuestras dormidas conciencias, para que os despierte a la amarga realidad de la vida.

Hermanitas incautas, no viváis engañadas, ilusionadas por el medio ambiente que os hace ver la vida color de rosa, cuando en realidad el porvenir se os presenta con los colores más sombríos de la gama.

Yo también, como vosotras, soy joven; pero la crueldad de la vida arrancó la venda de la ignorancia que cubría mis ojos, y leccionada por los desengaños voy cruzando la senda de lo que han dado en llamar sociedad, y que en realidad no es más que escuela de bajas pasiones y antro de la más abyecta corrupción.

La religión con sus meaitras, nos ordena a obedecer a los amos como a nuestros padres, sin que de nuestros labios salga una palabra de protesta contra sus tiranos mandatos.

Las escuelas oficiales, por medio de los fementidos maestros, nos enseñan a querer la patria, burda mentira, y a obedecer todas las leyes emanadas del Estado. Nuestros padres, corrompidos por el vil dinero al extremo que han metalizado el cuerpo de sus hijos, nos obligan a acatar todos sus caprichos, como si en realidad estuviésemos obligadas a ello. Es decir, coartan todas nuestras iniciativas, los impulsos más bellos de nuestra emprendedora juventud.

Llegan a tanto en su fanática ceguera, que hasta nos obligan a aceptar por compañeros (vulgo esposos) de nuestra vida, no al elegido de nuestro corazón, sino que debemos aceptar el que ellos nos impongan, siempre que éste tenga mucho dinero, sin consultarnos para nada, e, más, sin fijarse que por lo general ese hombre adinerado es un tarado moral, cubierto de las más inmundas laceras.

Pero, aunque joven, con mi poca experiencia he llegado a esta conclusión: Que si para el hombre somos algo imprescindible, algo que lo complementa, y si por conseguir nuestro amor, nuestras más tiernas caricias, es capaz de las mayores locuras y las más santas bondades; y ya que él se ha olvidado de que también nosotras somos esclavas, que al igual que él sufrimos el yugo ignominioso que nos impone nuestro secular enemigo el capital; y ya que en su olvido e inconciencia no hace nada o hace bien poco por nuestra emancipación, debemos nosotras luchar por ella.

Desprendámonos de una vez por todas, de todos los prejuicios heredados de nuestros antecesores: rompamos para siempre esa rutina que nos impide mirar de frente el porvenir, analicemos friamente el pasado y llegaremos a concretar lo siguiente: Que los hombres, hoy como ayer, nos consideran muñecas de lujo, de más o menos linda cara y de mayor o menor precio, (según circunstancias) cuando no una esclava legal que debe soportar todos los vejámenes que quiera hacerle; pero nunca como deben mirarnos, como a hermanas, como a compañeras que saben

compartir los sinsabores que la vida le aporte en su vaiven.

Nunca como a la futura madre de sus hijos, en fin, a la que un día pospondrá todo y que saltando por sobre todos los obstáculos que la sociedad le interponga, haciendo caso omiso del "que dirán", romperá con todos los prejuicios para unirse con el elegido de su corazón, atándose a él con esa cadena de flores que han dado en llamar, imperativo fisiológico que nuestra madre naturaleza nos impuso.

Pero también llegamos a esta otra conclusión: Que mucha parte de culpa la tenemos nosotras mismas. Si en vez de preocuparnos tanto de como viste *Juanita*, como camina *Zutanita* o que color tienen las medias de *perenganita*, tratáramos de dignificarnos, de elevarnos moralmente, de arrancarnos de las fauces de este monstruo que nos seduce, nos atrae y nos impele a caer en la abyección, en el fango, en las negras garras de la prostitución. Si en vez de hacernos despreciables, indignas ante nosotras mismas, hasta el extremo de perder nuestra sensibilidad, haciéndonos incubadoras de vicios degradantes, no pensando más que en bailes y festines más o menos orgiásticos, entregando nuestros cuerpos impúberes aún, al torpe manoseo de sátiros, tratáramos de educarnos, de integrarnos, física, moral e intelectualmente, pero no en la forma y por los cánones impuestos por los tartufos que se dicen educadores de la niñez, sino racional y libremente, esto es, concurrendo a los centros de cultura y bibliotecas, no para buscar novelones policiales, sino obras sociológicas e instructivas, aprendiendo en ellas a conocer a nuestra madre y educadora naturaleza, compenetrándonos y empapándonos hasta hacerse carne en nosotras, esto: Que nuestra misión es ser madres conscientes, madres de los hombres del mañana, madres de los que llevarán al triunfo nuestro querido ideal de libertad y amor.

Educándonos y desprejuiciándonos, daremos ánimo con nuestro ejemplo a nuestros compañeros, levantaremos el espíritu decaído de los abatidos y seguirán más tesonera la lucha por la emancipación total. De esta manera dejarán los hombres de ver en nosotras, lo que hoy ven: juguetes, muñecas, objetos de placer y de lujo, que se arroja a un lado después de haber satisfecho sus caprichos, para ver seres hermanos que sufren una doble esclavitud: la de su condición de explotadas y la esclavitud moral del dogma religioso. Demostremos que al igual que el hombre ansiamos ser libres.

Sólo entonces verán en nosotras a la mujer dignificada, tan digna como el hombre para estar sentada en el banquete de la vida.

Sólo de esta forma, hermanas mías, podremos dirigirnos hacia el porvenir, tomados todos de la mano y cantando himnos triunfales a la vida.

Celia Lascano Tegui.
Ingeniero Luiggi.

Maestros: Cuando os juzguéis *incomprendidos*, penetrad hasta el fondo de la ingratitud: quizás encierre una realidad que os haga ver lo que no *comprendistéis*.

Cecilia Borja.

Recomendación

A los que aun nos adeudan dinero de nuestra rifa y a los que reciben paquetes de nuestra hoja desde el primer número y de cuyos no han remitido aun el importe, les recomendamos que si no lo hacen antes del 15 de Agosto, publicaremos sus nombres y cantidades que nos adeudan, aunque esto duela a muchos. Entendemos que obrando de esta manera haremos *mal* únicamente a los que atentan con la existencia de nuestra prensa revolucionaria, y nunca a los revolucionarios de verdad.

Papeles Escritos

Ideas, número extraordinario

Llegó a nuestras manos el número 100—extraordinario—de este quincenario que aparece en La Plata, bien nutrido de lectura, como siempre, lo que dice mucho del esfuerzo sincero y desinteresado de los compañeros que lo escriben.

La Palestra

Igualmente recibimos el número 6 de esta diminuta revista mensual que ve la luz en Buenos Aires, cuyo contenido son una serie de artículos que nuestra compañera y colaboradora, Cefarina J. Sanchez, recopiló y tituló: «Palabras de combate».

Inquietud

Llegó a nuestras manos, con olor todavía a tinta, fresquito, el primer número de este quincenario que aparece en Santa Fé, escrito y orientado por un selecto conjunto de camaradas de esa localidad. Declaramos con sinceridad que nos agradó en suma el variado material que engalana las columnas de este nuevo paladín de la anarquía. No podemos resistirnos en manifestar, que «Inquietud» es un digno periódico que deberá seguir inquietando los espíritus. Los que deseen adquirirlo diríjanse: San Martín No. 93 (N).

La mujer en la lucha social

Editado por el «Centro canillitas difundidores de la prensa libertaria», de Avellaneda, ha llegado a nuestro poder este importante folleto cuyo nombre nos sirve de rubro, escrito por el compañero Galo Diez, de España. Este folleto que nos ocupa deben leerlo todas nuestras compañeras. Los compañeros del Coniro de Canillitas han tenido una idea digna de aplauso al editar este folleto. Los que desean adquirirlo deben dirigirse a esta administración, o en su defecto a: A. Rodríguez, Chubut 1448, Avellaneda F.G.S.

Visitan también cotidianamente nuestra bohémica mesa de redacción, periódicos de los siguientes países: Uruguay, Brasil, Perú, Chile, Portugal, México, Habana, Italia, Francia, Norteamérica, España, etc.

«MIS PROCLAMAS»

Está en preparación este folleto escrito por la compañera Rouco. Su tiraje es de cinco mil ejemplares y el será editado por la Editorial «Lux», de Chile. Recomendamos a todos que acompañen al pedido

su correspondiente importe, pues tenemos que girar con anticipación el dinero de su edición.

Por lo tanto, urge que todos contribuyan con su granito de arena, en especial las compañeras de aquí y de allende los mares.

El precio de cada ejemplar de «Mis Proclamas», será \$ 0.20.

A los paqueteros, el 25 o/o de descuento.

Nuestro Correo

Balsa, Allén.—Recibimos su carta y le diremos que no es posible satisfacer su pedido, así como el del compañero Vives, de Cipolletti, que también nos escribió otra en el mismo sentido. Entendemos que es una exigencia que no tiene razón de ser, pues el mismo derecho que tiene Vd. tienen todos los demás paqueteros, y si tuviéramos que acusar recibo del dinero, como Vd. pide, nombre por nombre, además del trabajo que esto representaría, ocuparíamos todos los números dos columnas del periódico, que bien hacen falta para material de propaganda.

Entendemos que tendría Vd. derecho, como cualquiera, a razón de queja, cuando remitiera diez pesos y nosotras sólo acusáramos recibo de siete. Si tanta desconfianza tienen de Vd. los suscriptores, que se molesten a preguntar a esta administración.

En cuanto a la amenaza que nos manda en su carta, que si no hacemos lo que Vd. nos pide dejará de ser paquetero de esta hoja, le diremos que para nosotras está demás, pues si Vd. es anarquista a de sentir tanta satisfacción como nosotras en propagarla; además nosotras no obligamos, ni a Vd. ni a nadie, a difundir nuestra hoja; pero tampoco nos sometemos a las exigencias que se le antojen a cualquiera, pues son Vds. los únicos que en un año de labor, tienen razón de queja. ¿No les parece compañeros que es más fácil mandar que trabajar?

Ferreiro, Napoleofí.—El periódico va puntualmente; reclame al correo.

Estua, Bs. Aires.—Recibimos carta y va paquete.

A. Rojas, Sta. Teresa.—Va periódico para Vd. y suspendimos paquete.

García, Rafaela.—Está bien la nómina de suscriptoras. Cuando se edite recibirá el folleto.

Colaberdino, Pergamino.—Va periódico a la nueva dirección; tiene pago hasta Spbre.

Lucía Oses, América.—Su poesía se publicará en nuestro número extraordinario.

Folleto en Venta

A las compañeras que tengan ansias de elevar su mentalidad, le recomendamos la lectura de los siguientes folletos que tenemos en venta en nuestra administración.

Huelga De Vientres, Bulffi, 0.20
Generación Consciente, F. Sutor, 0.40
La Mujer, T. Claramunt, 0.15
Los Crímenes De Dios S. Faure, 0.45
Degeneración De La Especie humana, Robin, 0.15
La mujer Esclava y La Mujer Pública, Chaughí Robin, 0.15
A Las Mujeres, J. Prat, 0.20
Inmoralidad Del Matrimonio, R. Chaughí, 0.15
Mi Palabra Anarquista, por Manuel Marquéz, 0.20
El Común en América, Angelina Aratía, 0.15
Todos los pedidos deben venir acompañados de su correspondiente importe, más \$ 0.20 para franqueo.

ADMINISTRATIVAS

ENTRADAS

Necochea.—Donación, E. Cascón	\$ 0.50
Arrecifes.—Martínez	" 16.80
La Violeta.—Galia	" 5.00
San Agustín.—Sanchez	" 10.00
Santa Fé.—Corina Fretitta	" 2.50
Salta.—Nazaria Arredondo	" 6.00
Ramón García	" 6.00
Arroyo Luna.—Martínez	" 2.00
B. Blanca.—De la Nina	" 5.55
Rosario.—U. Pérez	" 1.20
Bernasconi.—Strek, por intermedio de Bernschan	" 10.00
V. Alba.—Bernschan	" 2.50
Peyrano.—A. Sancho	" 8.00
Tres Arroyos.—Conde	" 1.20
Gral. Pico.—Reiasso	" 1.20
Total de entradas	\$ 78.55

SALIDAS

Impresión de este número, 2250 ejemplares	85.00
Correspondencia, certificados y franqueo de expedición	" 14.00
Coché	" 2.00
Cartera	" 1.00
Cliché	" 12.00
Libros	" 8.00
Tirillas para direcciones	" 4.00
Total	\$ 126.00
Saldo anterior	" 342.35
Entradas	" 78.55
Suma	\$ 420.90
Salidas	" 126.00
Para el número siguiente	\$ 294.90

Cupon de suscripción

Semestre \$ 1.20

Compañera

[SALUD!]

Le adjunto el importe de \$..... por.....

Semestre de NUESTRA TRIBUNA, para que la mande a la siguiente dirección:

Nombre.....

Domicilio.....

Ciudad o pueblo.....

F. C.....